



Ecofeminismo desde la opción por los pobres

Geraldina Céspedes, op

XIII Congreso Justicia y Paz
(Vigo, 28, 29 y 30 marzo 2008)
www.colectivoverapaz.org

0. Introducción

Con esta exposición voy a intentar soltar dos pájaros de una jaula: la cuestión ecológica y la cuestión feminista en su relación con el empobrecimiento. No es una relación difícil de entablar, puesto que es la situación misma que viven las mujeres más pobres y nuestra tierra la que nos está forzando a conectar todas estas realidades. Una de las características de los movimientos alternativos es precisamente la inclusión de estos factores dentro de sus esfuerzos por construir una sociedad distinta.

La teología ecofeminista se inscribe dentro de la búsqueda que ya se viene haciendo desde hace mucho en distintos lugares del mundo ante el grito de las mujeres y el grito de la tierra ante la catástrofe medioambiental. Esta corriente se inscribe dentro de la Teología de la liberación y se está reforzando desde el Foro Mundial Teología y Liberación, que surge con el objetivo de acompañar al Foro Social Mundial. Es decir, la teología ecofeminista se inscribe dentro de la búsqueda de “otra teología para otro mundo posible”.

Me resulta un tema muy cercano, no sólo por ser mujer, sino también por la experiencia de trabajo misionero y teológico en República Dominicana, aquí en España con migrantes dominicanas y, especialmente en los diez años que he estado en Guatemala acompañando el caminar de mujeres pobres, víctimas de distintos tipos de violencia durante la guerra y la post-guerra y víctimas del sistema de globalización neoliberal. Su compromiso está enraizado una espiritualidad con un sentido muy profundo de la necesidad de vivir en armonía con la comunidad y con la naturaleza.

También el tema encaja con nuestra espiritualidad dominicana y la opción por la justicia, la paz y la integridad de la creación y nuestra convicción de que uno de los ejes de construcción de la solidaridad, de la justicia y la paz hoy día pasa por la configuración de nuevas relaciones entre hombres y mujeres y de estos con la creación. Es una alegría que esta cuestión aparezca como uno de los objetivos principales que se ha propuesto en Dominicas Internacionales, como puede verse en el objetivo tercero que dice: "*Promover un orden mundial más misericordioso fomentando la justicia y la paz, la integridad de la creación y de los derechos humanos, en especial los de las mujeres*"¹.

Sobre este tema habría mucho que tratar, pero sólo nos acercaremos a algunos elementos que nos permitan reflexionar, debatir y alimentar nuestro compromiso. Veremos las raíces del ecofeminismo, luego me referiré a los principales desajustes de nuestro mundo desde una perspectiva ecofeminista, las huellas del capitalismo patriarcal y las bases que sostienen el patriarcado, las afirmaciones fundamentales del ecofeminismo, sus manifestaciones prácticas y, finalmente, señalaré algunos elementos teológicos que arrojan luces de cara a unas relaciones sanadoras entre los humanos y la creación.

¹ Hermanas Dominicas Internacionales, objetivo 3, disponible en: <http://www.dsiop.org/>

1. Ecofeminismo: la confluencia de dos corrientes

El término ecofeminismo indica la relación existente entre dos movimientos importantes de nuestra época: el movimiento feminista y el movimiento ecológico, que junto a otros movimientos están sacudiendo las referencias tradicionales en nuestra forma habitual de entender el mundo². Vandana Shiva, física, filósofa y feminista de la India, seguidora de Gandhi, dice que el ecofeminismo es “un nuevo término para designar un saber antiguo”³, es una sabiduría que intenta recuperar el ecosistema y las mujeres. El ecofeminismo se opone a la apropiación patriarcal tanto de la naturaleza como de las mujeres, considerados objetos de dominación para el crecimiento del capital y al modelo dominante de desarrollo, basado en el crecimiento y el lucro y su estrategia de modernización que ha tenido como resultado la destrucción de la diversidad biológica y cultural.

Uno de los rasgos fundamentales del ecofeminismo es que percibe la interconexión entre todas las formas de opresión y violencia que afectan a las mujeres y a la naturaleza y que alcanzan desde el ámbito doméstico hasta la destrucción ecológica⁴. Analiza los numerosos síntomas de la degradación del medio ambiente, tomando en cuenta su relación con el crecimiento de la brecha entre ricos y pobres, es decir, percibiéndolo como un problema de injusticia en la relación Norte-Sur. Esto se manifiesta en el hecho de que el Norte no sólo consume sus propias materias primas, sino que consume más del 60% de los alimentos que produce el planeta, más de dos tercios de los metales y la madera que se extrae en todo el mundo y quema el 70% de la energía. Este despilfarro de recursos y energías por parte de los países del Norte es insostenible (o sea, injusto) desde todos los puntos de vista (medioambiental, ético, religioso) y está produciendo consecuencias cada vez más nefastas para los más pobres.

Ciertamente, los problemas ecológicos tienen un efecto global, pero ellos son sentidos de una forma más brutal por nuestros hermanos y hermanas de los países del Sur, cada vez más hundidos en el círculo de la pobreza y la destrucción de los recursos naturales. Sus recursos son devorados por una maquinaria que incita a producir mucho y a consumir mucho para poder mantenerse, llevándonos a una dinámica injusta e inhumana en la que, como decía François Perroux, consumimos personas para producir cosas. Se trata de un sistema que cada día va reforzando sus tres grandes fábricas: la fábrica de la violencia, la fábrica de la basura y la fábrica de la miseria.

En este contexto surge el ecofeminismo como una filosofía, una espiritualidad y una teología ligada a las necesidades fundamentales de la vida, a la subsistencia, una

² Cfr. I. GEBARA, *Ecofeminismo. Algunos desafíos teológicos*, Revista Alternativas 16/17 (2000) 173.

³ M. MIES- V. SHIVA, *La praxis del ecofeminismo*, Barcelona, Icaria, 1998, 25.

⁴ El concepto de ecología que maneja la corriente ecofeminista va mucho más allá de los seres vivos. Se inscribe más en la línea de pensamiento de L. Boff que ve la ecología como la relación, la interacción y el diálogo que todos los seres guardan entre sí y con todo lo demás que existe en la naturaleza, desde las partículas más elementales, las energías primordiales hasta las formas más complejas de vida (Cfr. L. BOFF, *Ecología, mundialización y espiritualidad. La emergencia de un nuevo paradigma*, Madrid, Trotta, 2000, 19).

perspectiva muy cercana a las mujeres pobres del Sur⁵. Es un pensamiento ligado especialmente al mundo de los y las pobres, hambrientas/os, analfabetas/os, los y las sin tierra, que son quienes tienen que vivir en lugares inseguros y viviendas indignas, en suelos minados, contaminados con tóxicos, expuestos a radiaciones nucleares. Mujeres, niños, pobladores de origen africano e indígena son las primeras víctimas, los primeros en ser excluidos de los bienes producidos por la tierra. Son ellos quienes ocupan los lugares más amenazados del ecosistema y quienes viven en propia carne las amenazas que les impone el desequilibrio ecológico.

1.1. Un poco de historia del ecofeminismo

El ecofeminismo comienza a desarrollarse a partir del surgimiento de los movimientos de mujeres y los movimientos ecologistas. De la unión creativa de ambos surge el ecofeminismo, un término acuñado a finales de los años 70 en Francia con el objetivo de abrir las luchas de las mujeres a la lucha por un ecosistema sustentable. Quien introdujo el término fue la socióloga feminista francesa *Françoise D'Eaubonne*, viendo la necesidad de una alianza en la lucha por el cambio en las relaciones entre hombres y mujeres y la transformación de nuestras relaciones con el ecosistema⁶.

Pero ya en 1962, la bióloga *Rachel Carson*, con la publicación de su ensayo “La Primavera Silenciosa” (“The Silent Spring”), considerado por muchos como la “Biblia del ecologismo”, da inicio al gran movimiento ambiental que empezó denunciando los impactos de la llamada “Revolución verde”, que con la intención de garantizar la seguridad alimentaria lo que hizo fue invadir los campos de pesticidas, ocasionando efectos perjudiciales al medio ambiente y a la salud de la personas. Carson puede ser considerada la pionera del ecofeminismo. Pero a ella le siguieron muchas otras, como *Lois Marie Gibb* que encabezó una larga campaña para demostrar las fisuras del depósito más grande de dioxinas del mundo, y muchas otras mujeres que, desde el anonimato o desde las esferas internacionales han unido reivindicaciones feministas y reivindicaciones medioambientales.

Entre las más conocidas podemos mencionar a *Vandana Shiva*, *Bina Agarwal* (economista de la India que conecta compromiso de las mujeres con economía familiar), *Wangari Maathai* (premio Nobel de la Paz por su denuncia de la corrupción en Kenia y por su compromiso a ecológico a través del Movimiento Cinturón Verde- Green Belt Movement), *Rosemary Radford Ruether* (teóloga crítica, tanto frente a los planteamientos de los ecologistas liberales como frente a los románticos de la ecología; ella ofrece una propuesta cuyo modelo bíblico es el año jubilar para restablecer la armonía y vivir relaciones de comunión total)⁷, *Val Plumwood* (filósofa australiana), *Ivonne Gebara* (que sostiene que la

⁵ María Mies y Vandana Shiva hablan de esta perspectiva de la subsistencia (Cfr. M. MIES- V. SHIVA, *La praxis del ecofeminismo*, Barcelona, Icaria, 1998, 235).

⁶ Cfr. R. TRAPAZO, *Ecofeminismo. Revisando nuestra relación con la naturaleza*, Revista Cons-pirando 4 (1993) 3. La corriente ecofeminista, con todas sus variantes, intenta establecer una comunicación socio-teórica entre la relación hacia la naturaleza y la relación entre los sexos (Cfr. B. HOLLAND-CUNZ, *Ecofeminismos*, Madrid, Cátedra, 1996, 30). Como reconoce Carr, ecofeminismo es una categoría que goza de una amplia acogida tanto en círculos teológicos como ecológicos (Cfr. A. CARR, *Transforming Grace: Christian Tradition and Women's Experience*, New York, Continuum, 1996, xviii).

⁷ Cfr. ROSEMARY R. RUETHER, *Gaia and God. An Ecofeminist Theology of Earth Healing*, Harper, San Francisco (CA), 1992.

justicia social implica también ecojusticia y que la opción por los pobres ha de concretarse en una opción por las mujeres pobres), la alemana *Bárbara Holland-Cunz*, o la desaparecida *Petra Kelly*, que a los 32 años fundó el partido Los Verdes en Alemania y es recordada por su campaña contra la instalación de misiles. Fue varias veces arrestada por sus protestas antinucleares y por bloquear bases militares norteamericanas. En 1992 fue encontrada muerta en circunstancias aún no esclarecidas.

Las preocupaciones de la nueva conciencia ecológica y feminista se articulan en torno a tres ejes: 1) la sustentabilidad ecológica y social, basada en relaciones de sororidad/fraternidad para con la naturaleza y entre los seres humanos; 2) el respeto y la preservación de la diversidad biológica y cultural en medio de un sistema que busca la uniformidad y la destrucción de las diferencias; 3) la participación y la comunicación en las relaciones sociales y en las formas de gobierno, inspiradas en la democracia como valor a vivir en todos los niveles de nuestra vida (familia, relaciones entre hombres y mujeres, escuela, sindicato, iglesias, religiones, movimientos de base, organizaciones, estado, etc.). Así, pues cuando hablamos de ecofeminismo nos estamos refiriendo a una nueva visión del mundo, del cosmos y de toda la realidad que nos desafía a buscar formas organizativas en las que se dé una democracia inclusiva, en la que, como afirma el movimiento zapatista, todas y todos quepamos, incluida la naturaleza. De aquí que algunos teólogos, como Leonardo Boff, hablen de biocracia y cosmocracia para referirse a que la democracia también tiene que ser ecológico-social, es decir, que asuma la preservación de la tierra como una de sus tareas. Se trata de vivir una relación interactiva del ser humano con la naturaleza, en la que ambos se ven incluidos, respetados y cuidados.

2. Hombres, mujeres y naturaleza: unas relaciones desajustadas

Las dos formas en que se expresa con más fuerza el sufrimiento ecohumano son el grito de las mujeres y el gemido de la creación. Estos dos gritos nos urgen a buscar no sólo una nueva práctica, sino también nuevas actitudes y nuevas formas de relación entre hombres y mujeres y de estos con la creación entera.

Para esto hay que ver la cuestión de la mujer y la ecología no como algo puntual, o un tema interesante que está de moda, ni tampoco como algo más o menos marginal en la existencia humana, sino como una cuestión que atañe profundamente a toda la existencia y a todo el entramado del mundo. Desde una perspectiva creyente, nosotras/os consideramos que la irrupción de la mujer y de los movimientos que buscan relaciones equitativas y de justicia entre hombres y mujeres constituye un signo de los tiempos. Tenemos que contemplar el

surgimiento de una nueva conciencia de qué significa ser hombre y ser mujer como uno de los signos de la presencia del Espíritu en nuestro mundo⁸.

Cuando nos acercamos al tema de la cuestión de las relaciones entre hombres y mujeres y de éstos con la creación, lo primero que percibimos es que estamos ante unas relaciones desajustadas que necesitan ser sanadas y repensadas. Estamos ante una situación de pecado, aunque aún casi nadie se confiesa de ser machista y de justificar formas sofisticadas de discriminación de la mujer y de dañar la creación. Fijémonos rápidamente sólo en algunas de las principales manifestaciones de estos desajustes e injusticias.

Pensemos por ejemplo en el fenómeno de la feminización de la pobreza (el 75% de los más pobres del planeta son mujeres; de los 960 millones de analfabetos del mundo el 70% son mujeres; el 80% de los refugiados y desplazados son mujeres). Las mujeres sólo poseen el 1% de la propiedad mundial y realizan las dos terceras partes del trabajo mundial por un 5% de los salarios que se pagan. En el área rural de muchas áreas del tercer mundo, la división sexual del trabajo ha dejado que las mujeres se encarguen de las tareas más duras: recogida de alimentos, leña y agua desde lugares lejanos. Pero ellas, que son las que todos los días se preocupan por el alimento familiar, son las peor alimentadas. Las estadísticas nos señalan que de todos los desnutridos del mundo, un 74% son mujeres

Las mujeres aún seguimos teniendo dificultades para acceder a los puestos de responsabilidad; el salario percibido por las mujeres sigue siendo entre un 30 y un 40% menor que el de los varones. Y lo más clamoroso hoy día: la agudización de la violencia hacia las mujeres tanto en el ámbito laboral como doméstico y la impunidad que rodea a esta violencia. Es la misma impunidad con que destruimos el planeta y que, como dice Galeano, se ha convertido en el producto más barato de todos los que se ofrecen en el mercado internacional⁹. Cada ocho segundos una mujer es maltratada, siendo el feminicidio la manifestación más extrema de la violencia hacia las mujeres (Ciudad Juárez, México, ha sido el caso más llamativo con 600 mujeres desaparecidas y 460 mujeres asesinadas y el caso más dramático de Guatemala con 3.500 mujeres asesinadas en los últimos cinco años, pero se trata de un fenómeno que no conoce fronteras geográficas ni culturales).

Respecto a la cuestión ecológica, hay que señalar que los desastres, que no son naturales (por lo que no habría que hablar de desastres naturales, sólo de fenómenos naturales porque en nuestro mundo los desastres, las catástrofes no son naturales)¹⁰ y el deterioro medioambiental tienen más repercusiones negativas para las mujeres que para los hombres. Esto se debe a la mentalidad androcéntrica y machista que distribuye los

⁸ Y ha de ser considerado signo de los tiempos en ese doble sentido en el que el Concilio Vaticano II habló de los signos de los tiempos: en su dimensión histórico-pastoral y en su acepción histórico-teológica. Es decir, en cuanto acontecimiento que ofrece una novedad respecto al pasado y que la Iglesia tiene que conocer y escrutar y en cuanto manifestación de los planes de Dios (Cfr. VATICANO II, *Constitución Gaudium et Spes*, 3-4.11).

⁹ A propósito de la campaña de Chevron como defensora del medio ambiente, siendo a la vez la peor contaminadora de la tierra, el aire y el agua de todo California, Eduardo Galeano dice que “La impunidad es el producto más barato de cuantos se ofrecen en el mercado internacional” (E. GALEANO, *Mariposita Azul*, en: *Patatas arriba. La historia del mundo al revés*).

¹⁰ Como dice Jon Sobrino, las catástrofes naturales empiezan con la pobreza, tienen un ante que las prepara: la pobreza (Cfr. J. SOBRINO, *Cartas a Ellacuría: 1989-2004*, Madrid, Trotta, 2004, 94).

trabajos y los bienes de forma desigual entre hombres y mujeres. Las mujeres cargan con las consecuencias de decisiones gubernamentales, industriales, militares y comerciales tomadas en su mayoría por hombres. Son las mujeres las que sufren en carne propia los daños que en su salud y la de sus hijos ocasiona la utilización de sustancias tóxicas en sus sitios de trabajo, así como la contaminación de aguas, tierras y aire o, la deforestación comercial que realizan las empresas multinacionales, lo que indudablemente afecta también sus cultivos y disminuye la posibilidad de contar con alimentos sanos¹¹.

El ecofeminismo nació como contestación a lo que desde ese movimiento define como “apropiación masculina de la agricultura y de la reproducción” (es decir, de la fertilidad de la tierra y de la fecundidad de la mujer), lo cual considera una consecuencia del desarrollismo occidental de tipo patriarcal y economicista. Dicha apropiación se manifiesta especialmente en dos efectos perniciosos para la naturaleza y para las mujeres: la sobreexplotación de la tierra y la mercantilización de la sexualidad femenina, cuya expresión más degradante lo constituye hoy día el tráfico de niñas y mujeres para fines de prostitución.

Estamos en una época de cruel explotación económica del cuerpo de la tierra y el cuerpo de las mujeres, en la que hombres en su mayoría, de forma planificada y organizada, extraen sustanciosos beneficios económicos. La mercantilización de los cuerpos de las mujeres también está en el corazón de la actual acumulación capitalista. Multinacionales del sexo se han convertido en fuerzas económicas cotizadas en la bolsa. En los Estados miembros de la Unión Europea la prostitución se ha convertido en una de las actividades económicas más lucrativas.

La cantidad de mujeres y niñas abusadas, violadas, el turismo sexual, la trata de mujeres, alcanza niveles alarmantes. El 70% de las víctimas del tráfico de seres humanos son mujeres. A nivel mundial, cada año son traficadas 4 millones de mujeres para la explotación sexual, la esclavitud o el matrimonio impuesto y 2 millones de niñas entre 5 y 15 años son introducidas cada año en el comercio sexual. La ONU considera el tráfico de mujeres como una de las nuevas formas de esclavitud del siglo XXI y señala que ésta representa la tercera actividad ilegal más lucrativa del mundo (tras el tráfico de armas y de drogas) que genera ganancias cercanas a los 12 billones de dólares al año. Se trata de una industria transnacional que consume física y emocionalmente a sus víctimas y que deja succulentas ganancias. En un documento estremecedor de la Unión de Congregaciones de Religiosas Femeninas de la Iglesia Católica en el 2002, se publicó el testimonio de un proxeneta europeo que cínicamente afirmaba: *“La mujer da más ganancia que la droga o el armamento. Estos artículos solo se pueden vender una vez, mientras que la mujer se revende hasta que muere de SIDA, queda loca o se mata”*.

Por su parte, también hay que señalar que se da una vinculación entre patriarcado, militarismo y destrucción del medio ambiente. Las guerras conllevan la destrucción de la naturaleza: destrucción de seres humanos, de los cultivos, los animales, contaminación del aire y del agua, etc. Pero también hay que decir que muchos conflictos actuales, que muchas veces sólo se consideran desde la perspectiva política o económica, tienen que ver con la crisis medioambiental. Baste como ejemplo el caso de Darfur, Sudán, donde el

¹¹ Cfr. J. RESS, *Las fuentes del ecofeminismo: una genealogía*, en Con-spirando. Revista latinoamericana de ecofeminismo, espiritualidad y teología 23 (1998), Santiago de Chile.

deterioro del entorno ecológico (avance del desierto y reducción de las fuentes hídricas) han causado nuevos movimientos de nómadas y abandono de tierras que han desembocado en el conflicto armado.

La degradación medioambiental pone de manifiesto la creciente desigualdad socio-económica y desencadenan conflictos entre pueblos y regiones o agudizan algunos fenómenos, tal como es el caso de las migraciones. Muchos de los desplazamientos migratorios dentro y fuera de los países pobres tienen el calentamiento global como una de sus causas. Por eso ya se habla de emigrantes y refugiados climáticos, y dentro de ellos, son las mujeres las que están en situación de mayor vulnerabilidad y expuestas a ser, al igual que la naturaleza, objeto de uso y de abuso.

3. La huella del capitalismo patriarcal

Ante tal panorama, nos preguntamos: ¿Qué tipo de sociedad, qué sistema es éste en el que se dan relaciones tan desajustadas y dañinas entre hombres y mujeres? ¿Sobre qué bases se sostiene esta manera de funcionamiento de nuestra sociedad? Todas estas relaciones desequilibradas se sostienen en un sistema patriarcal y androcéntrico (centrado en el varón), un paradigma que no ha hecho más que deshumanizar tanto al hombre como a la mujer.

El patriarcado es un sistema de organización social en el que los puestos clave de poder (político, económico, religioso y militar) se encuentran, exclusiva o mayoritariamente, en manos de varones. Es un orden social caracterizado por las relaciones de dominación y opresión establecidas por unos hombres sobre otros y sobre todas las mujeres, e incluso sobre todas las criaturas. De aquí que hoy se reconoce que existe una relación muy estrecha entre patriarcado y crisis ecológica, es decir, la desigualdad de género juega un papel importante en el deterioro medioambiental. Tanto la explotación de las mujeres como el deterioro medioambiental tienen a la base lo que Joan Chittister considera como los cuatro principios fundamentales sobre los que descansa la visión patriarcal del mundo: dualismo, jerarquía, dominio y desigualdad¹².

El ecofeminismo considera que la raíz que lleva a la explotación de la naturaleza es la misma que lleva a la explotación de los pobres y a la explotación de la mujer. Esta explotación se fundamenta en el orden patriarcal, pero ha sido reforzada por el capitalismo neoliberal que promueve modelos de producción y consumo que son a la vez altamente contaminantes y generadores de pobreza y exclusión.

El actual modelo económico, basado en la obtención de un máximo beneficio, necesita del sistema patriarcal, es decir, necesita que unos dominemos sobre otros y otras para poder mantenerse. El ecofeminismo busca derrumbar una mentalidad patriarcal que no sólo

¹² Cfr. J. CHITTISTER, *Heart of Flesh. A feminist spirituality for women and men*, Michigan, Eerdmans Publishing Company, 1998, 25.

considera a las mujeres como ciudadanas de segunda categoría, sino que usa la naturaleza como objeto de dominación y lucro, sometiendo a ambas desde una visión jerárquica y sexista del mundo. Desde una mentalidad patriarcal, la tierra y las mujeres son reducidas a objeto y a las dos hay que conquistarlas, someterlas y violarlas. No es casualidad que se use el mismo vocabulario machista para referirse a una y a otra.

Para la antropóloga mexicana Marcela Lagarde el patriarcado se caracteriza no sólo por el fenómeno del machismo, basado en el poder masculino y la discriminación hacia las mujeres y la oposición entre el género masculino y el femenino, sino que también tiene que ver con el rompimiento entre las mismas mujeres, basado en una enemistad histórica que nos ha llevado a competir por los varones y a luchar por ocupar los espacios que nos son designados socialmente a partir de su condición de mujeres.

3.1. Factores que dan sustento al patriarcado

El uso de la fuerza, la violencia. Casi no podemos hablar de relaciones entre hombres y mujeres sin que no salga el tema de la violencia hacia las mujeres. El nacer mujer todavía marca una vulnerabilidad, un riesgo de ser violentada en cualquier etapa de nuestra vida, ya sea violencia física, sexual, psíquica... En muchos lugares no es lo mismo cómo se siente una mujer entre un grupo de hombres que un hombre en medio de un grupo de mujeres. La violencia hacia la mujer se ha agudizado y se expresa de diversas maneras, algunas muy sofisticadas y disfrazadas. Podemos recordar la violencia que aparece en la película *Te doy mis ojos*, donde el hombre nunca le pega a la mujer, pero la destruye. El fenómeno del feminicidio está afectando hoy a todos los estratos sociales. El feminicidio no sólo comprende el asesinato, sino el conjunto de los actos violentos contra las mujeres, muchas de las cuales son sobrevivientes a actos violentos contra su entorno, sus bienes, contra ellas mismas. Pero las mujeres asesinadas son sólo la punta del iceberg, pues hay muchas muertas en vida. Hasta el siglo XX la violencia contra las mujeres era parte de la normalidad; no se consideraba un problema ni un delito. Hoy hay mayor visibilidad de este grave problema y hay mayor conciencia de que se puede superar, lo cual supone cambios profundos de mentalidad y de la estructura de una sociedad construida sobre la base de códigos de dominación masculina y subordinación femenina. Algunos y algunas consideran que todavía faltan muchas décadas para que se dé la decadencia del modelo hegemónico de masculinidad y surja una nueva forma de ser hombre y ser mujer.

El lenguaje: es uno de los recursos más importantes para mantener sometidas a las personas, pues las lenguas codifican y expresan relaciones de poder. El lenguaje delata quién tiene el poder y quién está sometida/o. A lo largo de la historia han sido los varones quienes han tenido el poder de la palabra, el poder de nombrar el mundo, el poder de decidir si un término es adecuado o no, si es correcto o incorrecto. En el lenguaje las mujeres (y lo femenino) son, o invisibilizadas (por ejemplo en los términos aparentemente neutros) o negadas o inferiorizadas o ridiculizadas (por ejemplo, en los chistes, cuentos, historietas y anécdotas). Por eso el lenguaje inclusivo es un reto. Cambiar el lenguaje sexista y racista es un ejercicio y es una acción seria. El lenguaje inclusivo busca acabar con la dominación y nos lleva a no quedarnos ahí, pues el lenguaje es un arma de doble filo: nos puede dejar tranquilas/os porque ya tenemos un espacio en el lenguaje y nos podemos olvidar de que hay otros espacios por los que tenemos que luchar.

Las leyes, elaboradas por varones y desde el interés de los varones. En ellas se manifiestan relaciones injustas y desiguales y muchas veces el deseo del sistema patriarcal por controlar la vida de las mujeres. En algunos países las leyes han otorgado la representación conyugal sólo al varón; permiten que el hombre pueda prohibir a la mujer salir a trabajar, etc. La violencia de género todavía no es delito tipificado en 102 países y en 53 la violación dentro del matrimonio tampoco lo es. Hay que reconocer qué se están dando pequeños pasos en cuanto a establecer herramientas jurídicas que detengan la violencia machista. Se están estableciendo algunas leyes contra la violencia de género. En el 2004 en España se aprobó la Ley Integral contra la Violencia de Género y el año pasado la Ley de Igualdad entre Hombres y Mujeres, un logro de las organizaciones de mujeres en materia jurídica, pero aún es insuficiente, pues son necesarios otros pasos, como: crecer en una mentalidad y una educación igualitaria y respetuosa y en el valor de la dignidad humana; superar el miedo, pues sólo el 30% de las víctimas se han atrevido a denunciar y el 70% de las mujeres han sido asesinadas en silencio.

La educación y los medios de comunicación: que refuerzan el dominio masculino y la visión androcéntrica de la realidad. El machismo y la desigualdad de género se reproducen y se refuerzan a través de la educación en la familia. La educación es un recurso poderosísimo para hacernos introyectar, internalizar la lógica de la dominación de unos sobre otros y otras, no sólo del hombre hacia la mujer. Los modelos educativos, en su mayoría, refuerzan patrones de comportamiento que legitiman la actuación del hombre hacia la mujer. Esa educación se orienta a reconducir la personalidad e identidad de la mujer hacia parámetros de conveniencia masculina. También en las distintas asignaturas que estudiamos en la escuela, los héroes, los sabios, los descubridores, los genios, son hombres. Ese mismo dato nos está delatando una realidad y dando un mensaje negativo a hombres y mujeres. Las mujeres no aparecen y parece que sólo los varones han hecho historia (y una historia, que, por su parte, está plagada de uso de la fuerza, guerras, armas, aplastamiento de quien piensa distinto). Además, de múltiples maneras se va recortando las posibilidades de acceso de las mujeres a la educación. Tomando en cuenta esto, no es extraño que 70% de los analfabetos del mundo sean mujeres.

La división sexual del trabajo: La educación diferenciada que se da a niños y niñas refuerza la división sexual del trabajo y condiciona el rol social de cada sexo. Al hombre se le educa para desarrollar la capacidad de pensar, para producir, dirigir, para ser independiente, mientras que a la mujer se le educa para que sea emotiva, para obedecer, cuidar y servir a los demás. La definición de cada rol de género está basada en el modelo sociológico dominante que, aunque se ha debilitado, sigue siendo el masculino. Mediante esta división social, la mujer se ocupó del trabajo doméstico y el hombre de la obtención de los alimentos. El hombre, al quedar liberado de las labores domésticas, pudo dedicarse a la actividad pública, mientras que la mujer quedó recluida a la esfera doméstica. Esto dio como resultado el que la mujer quedara marginada del poder político. El patriarcado se apropia del trabajo de las mujeres, e incluso por mucho tiempo se apropió del mismo concepto de trabajo. Los medios de comunicación y los libros de texto nos han transmitido esta división sexual del trabajo. Ha primado una división sexual del trabajo que asigna a hombres y mujeres roles diferentes y salarios diferentes por el mismo o muchas veces más trabajo. Entonces no es extraño el fenómeno de la feminización de la pobreza.

Los rituales y tradiciones religiosas: estos marcan relaciones de poder que desenmascaramos preguntándonos: ¿Quién tiene acceso a los rituales? ¿Qué papel cumple cada una y cada uno en los rituales? ¿Quién ejerce la palabra? ¿Quién media entre lo divino y lo humano? ¿Quién tiene la autoridad? Está claro que los rituales y las tradiciones refuerzan relaciones de igualdad o de desigualdad. En nombre de la tradición se violan los derechos de las mujeres, tanto en la sociedad como en la Iglesia. Aún cuando en la mayoría de las religiones encontramos elementos que fundamentan unas relaciones equitativas entre hombres y mujeres, la forma en que ellas se han organizado y quienes tienen acceso al poder de decisión siguen siendo los varones. No hace falta mirar a otras religiones, pues nosotros mismos hemos hecho del mensaje liberador del cristianismo una religión patriarcal y machista. Como vemos, el elemento religioso juega un papel muy importante de cara a la búsqueda de relaciones más equitativas y justas entre hombres y mujeres, puesto que para mantener a la mujer oprimida usamos argumentos de carácter religioso y se malinterpreta el mensaje y la misma imagen de Dios. Por eso es necesario potenciar una espiritualidad sana y liberadora y una lectura e interpretación de los textos bíblicos desde una opción inclusiva, que tome en cuenta la mirada y la perspectiva de la mujer que es la visión que no ha sido tomada en cuenta a la hora de interpretar los textos sagrados.

4. Afirmaciones fundamentales del ecofeminismo

Hay que tomar en cuenta que las teologías ecofeministas son plurales y contextuales, porque hay distintas maneras de establecer la conexión entre ecología y feminismo. Esa conexión está marcada por los diferentes contextos y la diversidad de experiencias de las personas que la desarrollan (y especialmente de las mujeres). Desde el contexto latinoamericano, la teología ecofeminista es una corriente conscientemente situada al interior de las teologías de la liberación¹³.

Todas las vertientes del ecofeminismo comparten estos principios: 1) la percepción de que en el fondo de la cuestión de la marginación de las mujeres y el deterioro medioambiental está la explotación del capitalismo patriarcal; 2) la existencia de una conexión entre todas las formas de dominio, especialmente, entre el sometimiento de las mujeres y de la naturaleza, de ahí que afirme que el análisis de la crisis ecológica no toca el corazón de la cuestión hasta que no vea la conexión entre la explotación de la tierra y la definición y el tratamiento sexista hacia las mujeres¹⁴; 3) una nueva concepción de la relación entre el ser humano y la naturaleza, denunciando a la vez la identificación de la mujer con la naturaleza tal como lo ha hecho el patriarcado que ha asociado la mujer con la naturaleza

¹³ Cfr. I. GEBARA, *Ecofeminismo. Algunos desafíos teológicos*, Revista Alternativas 16/17 (2000) 174.

¹⁴ Cfr. E. JOHNSON, *Women, Earth, and Creator Spirit*, New York, Paulist Press, 1993, 10.

y el sentimiento y al hombre con la cultura y lo racional¹⁵; 4) la afirmación de que la teoría y la práctica feminista tiene que incluir una perspectiva ecológica y las soluciones a los problemas medioambientales tienen que incluir la perspectiva feminista¹⁶.

Con el feminismo ecológico estamos ante una nueva manera de pensar el mundo y de interpretar lo humano. El ecofeminismo pone un fuerte énfasis en la relacionalidad y la interdependencia entre todos los seres, como principio absolutamente fundamental para el mantenimiento de la vida. Al colocar la relacionalidad como principio fundante de nuestra vida, superamos las jerarquizaciones y separaciones que establecemos entre la naturaleza y entre los seres humanos¹⁷ y nos encaminamos a superar el complejo de superioridad de los humanos frente al resto de los seres y el de superioridad de los hombres frente a las mujeres, de los blancos frente a los negros, de los ladinos frente a los indígenas, etc. Los principios del ecofeminismo cuestionan no sólo la organización jerárquica del mundo y de las iglesias, sino también las filosofías, las antropologías y las teologías que fundamentan esa estructuración.

Otro elemento fundamental del ecofeminismo es la afirmación de la sacralidad del cuerpo humano y el cuerpo cósmico. La resacralización podría llegar a constituir una condición necesaria de una relación no dominante hacia la naturaleza¹⁸. Todos los humanos y todo lo que existe constituimos un único y sagrado cuerpo que sólo puede sobrevivir en el equilibrio y la articulación de sus diferencias. Formamos parte de la historia del universo y estamos ligados/as a sus procesos de evolución. Necesitamos una nueva espiritualidad que nos ayude a superar la postura depredadora para situarnos en una actitud más valorativa de la grandeza y el misterio de la creación. Se trata de buscar no sólo la viabilidad de unos, sino de todos y todas; no sólo de los seres humanos, sino de buscar que también sea preservada la evolución de todos los procesos vitales¹⁹ y procurar que no se interrumpa el flujo de la vida y que vivamos desde una actitud de humildad, pues, como decía el Jefe indio de Seattle, el ser humano no tejió el tejido de la vida, sino que él es simplemente uno de sus hilos²⁰.

Al percibir la articulación entre las opresiones de clase, sexo y raza y asumir que la lucha por la liberación ha de abarcar todos esos niveles, el ecofeminismo se afirma como una postura político-crítica, relacionada con la lucha antirracista, antisexista y antielitista. Puesto que la problemática ecológica tiene que ver con la raza, el sexo y la clase, no puede ser aislada de la problemática social mundial²¹.

El ecofeminismo es un paradigma holístico e incluyente que sueña con reorientar todas las relaciones injustas de la sociedad²². Es una invitación a repensar qué significa

¹⁵ Los ecofeminismos, en general, no afirman que la mujer esté más cerca de la naturaleza, sino que más bien afirma que no es posible entender las consecuencias destructivas del modelo dominante de desarrollo sin comprender su naturaleza de género (Cfr. M. MELLOR, *Feminismo y ecología*, México, Siglo XXI, 2000).

¹⁶ Cfr. B. HOLLAND-CUNZ, o.c., 53.

¹⁷ Cfr. I. GEBARA, *Ecofeminismo. Algunos desafíos teológicos*, Revista Alternativas 16/17 (2000) 175.

¹⁸ Cfr. B. HOLLAND-CUNZ, *Ecofeminismos*, Madrid, Cátedra, 1996, 180.

¹⁹ Cfr. I. GEBARA, *Ecofeminismo...*, 176-177.

²⁰ Véase la carta del jefe indio de Seattle Noah Sealth, escrita al Gobierno norteamericano en 1854. Disponible en: <http://www.guelaya.org/textos/jefe%20indio.htm>.

²¹ Cfr. I. GEBARA, *Intuiciones ecofeministas: ensayo para repensar el conocimiento y la religión*, Madrid, Trotta, 2000, 16.

²² Cfr. V. FABELLA – R. SUGIRTHARAJAH, *Diccionario de teologías del Tercer Mundo*, Estella, Verbo Divino, 2003, 299.

ser hombre y ser mujer, qué significa habitar en esta casa común y garantizar una vida buena (y no una “buena vida”) en la línea de lo que Jesús nos dice: “He venido para tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10).

5. Manifestaciones de la lucha ecofeminista

El ecofeminismo surge a nivel práctico de la preocupación de las mujeres ante el imperativo de cuidar la salud y la vida humana y la necesidad de proteger el entorno. Aunque muchas personas y organizaciones no se planteen a nivel teórico los presupuestos del ecofeminismo ni se confiesen como ecofeministas, su práctica se corresponde con esta perspectiva.

Las mujeres han sido las primeras en organizarse para proteger el medio ambiente y las primeras en protestar contra la destrucción de la naturaleza, tal como lo atestiguan diversidad de movimientos en todo el mundo. Si por un lado hay que hablar de la feminización de la pobreza, por otro, hay que hablar también de la feminización de la lucha por mejores condiciones medioambientales. Las mujeres, que a lo largo de la historia han sido invisibilizadas, violentadas y explotadas al igual que la naturaleza, se manifiestan hoy como uno de los sectores que en la práctica es más consciente de la necesidad de sanar y salvar el planeta²³.

A nivel de prácticas cotidianas, son muchos los esfuerzos que las mujeres más pobres vienen haciendo de cara a ayudar a la preservación del medio ambiente y a la búsqueda de una calidad de vida para todos y todas. Muchas son prácticas sencillas que pueden ser consideradas como insignificantes, pero ellas promueven procesos de concientización y de formación de una nueva ética y una nueva espiritualidad ecológica que generan dinámicas que ayudan a la recuperación de la tierra y a la búsqueda del equilibrio cósmico.

Las luchas de carácter ecofeminista tienen hoy distintas manifestaciones:

Desde pequeños gestos y prácticas en la vida cotidiana, hombres y mujeres empiezan a vivir relaciones libres de dominios y sumisiones, llevando un estilo de vida de austeridad compartida y solidaria, respetuosa de la dignidad de las personas y el medio ambiente a través de la reducción del consumo y de la producción de basura, reutilizando y reciclando todo lo que sea posible, usando energías alternativas, negándose a consumir aquellos productos que provienen de empresas que contaminan y discriminan.

Acciones ante un riesgo inminente para el entorno o para la salud de las personas, que lleva a la oposición frente a la instalación de vertederos de desechos tóxicos, incineradora,

²³ Esta perspectiva de la sanación ha sido ampliamente desarrollada por Rosemary Radford Ruether que ante la realidad de unas relaciones destructivas y dominadoras, afirma que hay que sanar la tierra y sanar las relaciones entre hombres y mujeres, entre clases y naciones y entre los seres humanos y la tierra (Cfr. ROSEMARY R. RUETHER, *Gaia and God. An Ecofeminist Theology of Earth Healing*, Harper, San Francisco (CA), 1992).

centrales nucleares, o emisiones contaminantes a la atmósfera. Las mujeres han estado al frente de protestas para oponerse a la utilización irracional de biocidas (pesticidas, insecticidas, herbicidas) y a una actividad industrial que contamina y provoca daños a la salud. Así, por ejemplo, está el caso de las mujeres de Santo André (Sao Paulo), que crearon el grupo de ecología Conciencia para luchar contra la contaminación causada por 11 fábricas de los alrededores pertenecientes a multinacionales. Tras un largo proceso de sensibilización lograron influir en la opinión pública a través de la radio y la televisión. Presionaron a las autoridades locales y a las industrias para que invirtieran en la lucha contra la contaminación. Junto a otros grupos ecologistas, emprendieron una iniciativa más amplia que obligaba a otras multinacionales que estaban contaminando el agua de los ríos a respetar el medio ambiente. A la vez, han seguido formando e informando a la población sobre los riesgos de la contaminación y la necesidad de establecer una conexión ética entre la población y las industrias, con una amplia visión, no sólo regional, sino también mundial.

Conservación de algún bien ambiental en peligro, ya sea un espacio natural, una especie, un edificio emblemático, una calle peatonal, etc. Dentro de esta línea el movimiento Chipko (abrazo a los árboles) es una de las actuaciones más emblemáticas de defensa del medio ambiente, protagonizada por mujeres y desde la perspectiva de países del Sur. Nació de forma espontánea en 1973, cuando un grupo de mujeres analfabetas de una aldea del Himalaya se abrazó a los árboles para evitar que fueran talados por una empresa de artículos de deporte; persistieron en su actitud durante varios días, hasta que la empresa desistió de su intento. Esta reacción de resistencia pasiva se ha convertido en todo un símbolo universal de defensa del bosque, en cuanto fuente de vida y de supervivencia. El movimiento Chipko fue combatido por el gobierno de la India, pero, finalmente, el Congreso de Ciencias reconoció en 1981 su valiosa aportación para la protección del bosque y el propio gobierno empezó a prohibir la tala masiva de árboles. En otros países han surgido grupos similares.

La distribución de un bien ambiental escaso puede ser también el germen del surgimiento de acciones sociales reivindicativas. Muchas mujeres se han organizado y tomado conciencia a partir de lo que supone la falta de acceso al agua. Ellas tienen que caminar varios kilómetros al día para conseguir agua, lo que les ocupa de tres a cinco horas que no pueden dedicar a otra cosa que les ayude a desarrollarse como personas (por ejemplo, las niñas no pueden ir a la escuela). Ante la falta de acceso a agua, muchas mujeres del área rural de los pueblos del Tercer Mundo se han organizado. Han visto además, que el agua disponible para las mujeres pobres es de mala calidad, está muchas veces contaminada, lo que trae consigo múltiples enfermedades. También está el caso de la leña. En muchos lugares, la dificultad de conseguir leña para cocinar, ha obligado a las mujeres a utilizar excrementos de vaca, restos de cosechas y malas hierbas como combustibles. Estas fuentes de energía no sólo son ineficientes sino que son malsanas: el humo tóxico que emiten cuando se cocina provoca numerosas enfermedades respiratorias.

La recuperación de prácticas y hábitos sociales y culturales ecológicamente sostenibles, o sea justos²⁴. Frente a la agresión al medio ambiente y la explotación intensiva moderna, muchos grupos de mujeres han emprendido acciones para recuperar prácticas ancestrales mucho más respetuosas con el medio ambiente. Es el caso del movimiento Navdanya, en

²⁴ Como afirma Matthew Fox, La sostenibilidad es otra palabra para indicar justicia, porque lo que es justo es sostenible y lo que es injusto no lo es (Cfr. M. FOX, *95 tesis o artículos de fe para un cristianismo de tercer milenio*, ver tesis 19).

India, un movimiento cultural a la vez que agrícola y medioambiental que intenta la integración de la mujer en las tareas colectivas que otros tipos de agricultura le niegan para condenarla a un papel subordinado y secundario. Busca, a su vez, devolver a la mujer sus atributos físicos y espirituales para que desempeñen un papel crucial en el sostenimiento de la comunidad. Este movimiento denuncia a los organismos financieros internacionales que se están apropiando de los derechos de propiedad intelectual sobre la sabiduría local en semillas y otros recursos para la agricultura²⁵. También en esta línea está el grupo Soberanía Alimentaria y Género, que se constituyó en Sevilla y que promueve iniciativas de formación y sensibilización en torno al derecho de los pueblos a construir modos equitativos y sostenibles de producción, distribución y consumo de alimentos, atendiendo al protagonismo de las mujeres del Sur y el Norte en estas luchas²⁶.

La búsqueda de alternativas, cambios sociales y estructurales profundos, desde la lucha por la consecución de avances en políticas ambientales y de género que garanticen la vida de los pobres y las pobres. Las luchas de los movimientos de mujeres ha conseguido que la cuestión ecológica y de igualdad de género sea parte de la agenda política del Estado. También se han emprendido acciones contra el armamentismo, exigiendo la reconversión de los presupuestos militares en proyectos civiles, en programas de desarrollo y de protección del medio ambiente. Algunos grupos luchan por la instalación de fuentes energéticas alternativas, planes forestales, sistemas de depuración de aguas residuales, agricultura ecológicamente sustentable, etc.

Crítica a un estilo de vida depredador y a la organización androcéntrica del mundo, el conocimiento, la ciencia y la religión. En esta línea hay que mencionar especialmente a las ecofeministas latinoamericanas, encabezadas por Ivonne Gebara²⁷. Otra contribución de las ecofeministas latinoamericanas ha sido llamar la atención para evitar caer en la trampa tendida por los Organismos Internacionales que promueven y financian el desarrollo sostenible, al adjudicarles a las mujeres la responsabilidad del mejoramiento ambiental, catalogándolas como “salvadoras del planeta”. Este discurso puede ser peligroso, pues, además de tener de fondo una antropología dualista que hace a las mujeres moralmente mejores que a los hombres, puede sobrecargar a las mujeres y llevarnos a olvidar que el compromiso con la vida y con el futuro planetario debe ser compartido por hombres y mujeres de manera igualitaria.

²⁵ Como afirma Teresa Gómez-Pastrana, este expolio se apoya en las lagunas y ambigüedades del Tratado de Biodiversidad Internacional (Cfr. TERESA GÓMEZ-PASTRANA, *El ecofeminismo: una opción real de transformación social*, disponible en: http://www.nodo50.org/tortuga/article.php3?id_article=776)

²⁶ Este grupo entiende la soberanía alimentaria como el derecho de los pueblos, comunidades y países a definir sus propias políticas agrícolas, pastoriles, laborales, de pesca, alimentarias y agrarias que sean ecológica, social, económica y culturalmente apropiadas a sus circunstancias (Cfr. *Soberanía alimentaria y sistema alimentario mundial*, en: www.soberaniaalimentariaygenerodocumentos.blogspot.com).

²⁷ También dentro del movimiento ecofeminista latinoamericano hay que mencionar a Coca Trillini; a Rosa Dominga Trapazo y el colectivo Talitha Cumi en Perú; Safina Newbery y el colectivo Urdimbre de Aquehua en Argentina; Mary Judith Ressa en Chile y el Colectivo Con-spirando; García Pujol y el colectivo Caleidoscopio en Uruguay y Gladys Parentelli, Rosa Trujillo y el colectivo Gaia en Venezuela, que vienen dando respuestas a la actual crisis ecológica y su vinculación con el modelo de dominación capitalista patriarcal.

6. Algunos elementos teológicos para una relación sanadora

Desde una perspectiva bíblico-teológica habría mucho que tratar respecto a las relaciones armoniosas entre hombres y mujeres y con la creación. No nos podemos extender, pero sería bueno fijarnos rápidamente en estos aspectos:

6.1. La misión de ser jardineros y jardineras de la vida

Ante el deterioro ecológico y el drama de las relaciones injustas y desiguales entre hombres y mujeres, tenemos que asumir la ética del cuidado, pues el encargo que Dios nos ha dado es el de ser cuidadores y cuidadoras de la vida. En Gn 2,15, la tarea que Dios da al ser humano es preciosa y no implica dominar ni destruir, sino cultivar y cuidar el jardín. Esto implica comprendernos simplemente como jardineros y jardineras que ayudamos a que este mundo pueda florecer. Nuestra relación con la creación y con los hombres y mujeres tiene que ser como la de un jardinero o jardinera que establece una relación de cariño con su jardín, lo aprecia y lo cuida, hace que florezca la vida y la belleza en sus diferentes formas y toma precauciones frente a posibles daños. La imagen del jardín floreciente es una de las imágenes más usadas actualmente en la ética ecológica para reflexionar sobre la ubicación del ser humano en la gran red de la vida que es la naturaleza, y su responsabilidad por mantener la biodiversidad en la tierra. La lucha por mejores condiciones de vida en nuestro planeta es una forma de defender el derecho que tenemos todos y todas tanto a la justicia como a la bondad y a la belleza. En el relato de la creación en Génesis bondad y belleza aparecen juntas. Y todo era bello y bueno porque estaba en una relación adecuada en la que no cabía la explotación ni el dominio de unos sobre otros porque todos los seres danzaban al ritmo de Dios²⁸.

En su lenguaje metafórico, la Biblia nos comunica que todo lo creado es referido a Dios. Esto nos lleva a tener una actitud de respeto y agradecimiento hacia el misterio de la vida, a tomar conciencia de que la vida nos es dada como un don y no como algo que nos pertenece. Somos llamados y llamadas a vivir en solidaridad con todo lo creado, a hacer florecer la vida de las personas y la vida de nuestro planeta y denunciando un sistema que coloca la eficacia económica por encima de la compasión hacia todas las creaturas.

Para sanar y restablecer relaciones armoniosas con la creación necesitamos alimentar una espiritualidad ecológica basada en esta compasión hacia todas las formas de vida. Esta espiritualidad ecológica se asienta en cuatro clave²⁹: 1) La vía positiva, que pone el énfasis no en el pecado original, sino en la bendición original que nos lleva a gozar, bendecir y agradecer el don de la vida, la diversidad y la interconexión entre todas las criaturas; 2) La

²⁸ C. HEYWARD, *Our Passion for Justice: Images of Power, Sexuality and Liberation*, New York, Pilgrim Press, 1984.

²⁹ Seguimos aquí el esquema propuesta por Matthew Fox (Cfr. M. FOX, *La Bendición original: una nueva espiritualidad para el hombre del s. XXI*, Barcelona, Obelisco, 2002).

vía negativa, que nos lleva a admitir y compartir el sufrimiento ecohumano, el misterio del mal y la fuerza de la vulnerabilidad; 3) La vía creativa, que se basa en que hemos sido creados a imagen de un Dios creativo que nos ha hecho capaces de crear, que nos llama a desplegar nuestro poder creativo y no nuestro poder de destruir el cosmos; 4) La vía transformativa: transformar este mundo y restablecer relaciones de justicia y gratuidad entre hombres y mujeres y con toda la creación.

6.2. Necesidad de una nueva imagen de Dios

Hay una imagen de Dios que sirve de modelo y justifica el funcionamiento de la las personas, de la sociedad y de la Iglesia. Desde una determinada imagen de Dios se pueden justificar situaciones de injusticia y desigualdad, situaciones de subordinación y sometimiento de la mujer y el predominio del hombre y de lo masculino en todos los ámbitos de nuestra sociedad. Desde esa imagen de Dios muchas veces ejercemos nuestro poder destructor de la creación.

De cara a la problemática de la mujer y de la ecología, la imagen de Dios como poder es una de las imágenes que ha resultado ser más dañina y que refleja una mentalidad patriarcal en nuestra relación con la divinidad. El poder de Dios se ha entendido como dominio y de ahí hemos interpretado que Dios nos ha puesto en este mundo para dominar la tierra y para que los hombres dominen sobre las mujeres. Por eso es necesario repensar de qué manera hay que entender el poder de Dios.

Hemos visto a Dios como un monarca supremo (hombre), rodeado de súbditos (dominador). Olvidamos que el “gran poder de Dios” que nos manifestó Jesús tuvo otro estilo. Más bien podríamos decir que Jesús lo que hizo fue vaciarse de poder. Su vida fue una *kénosis*, un abajamiento, un despojarse (Fil 2, 6-8). Ese poder de Cristo se sostuvo en la debilidad y en vez de ejercer el poder como dominación, lo que hizo fue más bien empoderar a otros y a otras, capacitarles para servir. El poder de Dios consiste en el cuidado y mantenimiento diario del mundo y no en dominarlo. “El poder de Dios funciona en forma sencilla y humilde, como la levadura, pero transforma no sólo las relaciones personales, sino también las sociales”³⁰.

Muchas veces nuestra interpretación del poder de Dios no es más que una reproducción de cómo se entiende el poder en los sistemas autoritarios. En éstos, el poder es un poder sobre los otros y no un poder que potencia la autoridad del compañerismo y el poder “con” los otros y otras, un poder basado en una relacionalidad circular e interdependiente. Ante el ejercicio del poder como destrucción y como sometimiento, tenemos que abrirnos a una imagen de Dios que nos impulsa a desplegar el poder de crear y amar todo lo que existe, de ser amigas y amigos de la vida como Dios (Sab 11, 26); hombres y mujeres que desplegamos nuestro poder de ir sanando las heridas de nuestro mundo y de nuestra tierra, de restaurar las relaciones de armonía entre todos los seres, superando el antagonismo, la competencia y el dominio de unos sobre otras para abrirnos a relaciones de mutualidad y reciprocidad.

³⁰ LETTY RUSSELL, *Bajo un techo de libertad. La autoridad en la teología feminista*, Costa Rica, DEI, 1997.

6.3. El proyecto de Jesús y el discipulado de iguales

A este tema habría que dedicar más tiempo. Me limitaré a indicar algunas clave para que al leer los textos bíblicos tomemos en cuenta algunas clave que nos ayudarían a comprender el significado más hondo de la propuesta de Jesús.

Lo primero que tenemos que señalar es que para comprender mejor el alcance de la actitud y la práctica inclusiva de Jesús hacia quienes estaban excluidos a nivel social y religioso, tenemos que acercarnos a algunas manifestaciones de esa exclusión. Veamos, de forma resumida, cuál era la situación de la mujer en tiempos de Jesús y qué novedad introduce Él.

La mujer era considerada inferior al hombre, se le consideraba como menor de edad, aún cuando estuviese casada o fuese viuda. La exclusión de la mujer de la vida social y religiosa era una de las características de la sociedad judía en tiempos de Jesús. El verdadero protagonista de la religión judía era el varón. La mujer no participaba de la alianza abrahámica, cuyo signo era la circuncisión, con lo cual estaba excluida del pueblo elegido. El mismo Decálogo (Ex.20, 17) parece dirigirse exclusivamente a los varones, contando a la mujer entre los objetos de propiedad del marido.

En las sinagogas las mujeres ocupaban los lugares menos importantes, detrás de las gradas. No podían leer, ni hablar, ni explicar la Ley. No contaban como testigos, ni podían enseñar a los niños, ni siquiera hacer la oración en la mesa. No podían aparecer en público ni particularmente seguir o escuchar a los rabinos. No podían ejercer el derecho a divorcio que estaba exclusivamente de parte del hombre y podían ser vendidas como esclavas por su padre si era menor de doce años.

Jesús introduce una gran novedad que está llamada a tener repercusiones históricas: la reciprocidad total de las relaciones entre el hombre y la mujer, basada en la igualdad de su condición personal y ante Dios. Jesús promueve una comunidad de seguidores y seguidoras que es como una familia no patriarcal (Mc 3, 20-21. 31.35) en la que sólo hay hermanos y hermanas (el hecho de que no se mencione al padre significa que no hay jerarquías establecidas y que hay una crítica a la forma de ser varón y de ser padre ejerciendo un dominio sobre las mujeres y los hijos e hijas). La actitud de Jesús frente a las mujeres fue realmente revolucionaria y una buena noticia para ellas.

Para Jesús la mujer tiene igual derecho que el hombre a escuchar el mensaje de la salvación. Él rompe la norma de mantener a la mujer al margen de las enseñanzas de las Escrituras; la defiende también en el matrimonio condenando la poligamia y el repudio decidido sólo por el varón (la pregunta de Mc 10, 1-10 es machista porque sólo habla de que el hombre repudie a la mujer y no contempla la posibilidad de que la mujer pueda repudiar al hombre). Jesús deja patente una apertura fraterna y reconciliadora ante la mujer. Permite que le sigan un grupo de mujeres de Galilea; se detiene a conversar con una hereje (la Samaritana). A muchas mujeres las auxilió y curó rompiendo la ley de la impureza ritual y el tabú de la sangre.

En muchas de sus parábolas aparece la mujer como figura principal y nunca la presenta dentro de los clisés discriminatorios de la época. Nunca previene a los varones de las artes seductoras de las mujeres, sino que los alerta contra su propia lujuria: “Todo el que mira a una mujer deseándola, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón (Mt 5, 28-29). Él explica cuestiones teológicas a una mujer que como discípula se sienta a los pies de su maestro (Lc.10, 39).

En la época de Jesús en Palestina había muchos movimientos religiosos. La mayoría estos grupos sólo admitían hombres, por ejemplo, el movimiento de Qumrán. El movimiento de Jesús, en cambio, era un movimiento en el que hombres y mujeres eran admitidos en una relación de igualdad y amistad fraterna y sororal. Jesús propone una comunidad de iguales, una comunidad libre de dominio, en la que los varones tienen que perder poder para ganar en dignidad tanto ellos como las mujeres. La dinámica del reino supone relaciones circulares en vez de construir una pirámide, superando todas las formas de exclusiones y discriminaciones que creamos nosotros.

El movimiento de Jesús se caracteriza por ser incluyente, no excluyente. Se dirige a todos, y sobre todo a los más marginados de aquella sociedad, entre los que estaban las mujeres. Entre el grupo de discípulos más íntimos que rodea a Jesús se encuentran algunas mujeres, lo que constituía ya un reto a aquella sociedad patriarcal que no las admitía ni en el discipulado, ni en el aprendizaje de la Ley (un dicho rabínico decía: “Antes sean quemadas las palabras de la Ley que confiadas a una mujer”). Jesús cambia la forma de proceder habitual en su tiempo. Con su estilo de vida y en su predicación se opuso al predominio patriarcal que no sólo se ejercía sobre las mujeres, sino respecto a otros hombres marginados por diferentes motivos.

6.4. Beber de las fuentes de la sabiduría de los pueblos

Finalmente, tenemos que apelar a la misma sabiduría de nuestros pueblos que se han ido perdiendo y que en algunas culturas aún se mantienen vivas, como lo es el caso de la sabiduría de los pueblos indígenas, que es una espiritualidad cósmico-ecológica que busca la armonía entre la comunidad humana, la naturaleza y la divinidad.

Habiendo compartido muchos años con el pueblo guatemalteco no puedo dejar de mencionar el aporte de la cosmovisión indígena maya a la búsqueda de relaciones justas y armoniosas con el cosmos, así como también su visión incluyente de lo femenino y lo masculino en su imagen de Dios.

En la cosmovisión maya, hay una práctica cotidiana y una espiritualidad que expresa cómo los seres humanos estamos interconectados con la tierra, con el universo, con el misterio de Dios. En esta religión se da una concepción holística del mundo, todo está interconectado y no hay distinción entre mundo natural y sobrenatural, pues lo sobrenatural impregna la vida cotidiana. Los indígenas mayas vieron desde el principio la necesidad de conjugar la existencia de los seres humanos con los ritmos cósmicos y de buscar la armonía con el entorno. La naturaleza y la comunidad constituyen las mediaciones privilegiadas de la divinidad. La tierra es sagrada porque es el ámbito de la presencia de Dios, es el lugar de encuentro y de comunión con Dios y con los

antepasados. Vivir en paz con Dios es vivir en armonía con el cosmos y con la comunidad (con los vivos y los muertos).

Dios es concebido como el Corazón del Cielo y Corazón de la Tierra, Corazón del Mar y Corazón del Aire, como las Cuatro Esquinas de la Tierra. Pero la imagen de Dios entre los mayas no sólo es la del Dios que es Creador y Formador que se revela en la creación, sino que también es una imagen de un Dios que se expresa en la dualidad de lo masculino y lo femenino. Dios es el *Ajaw*, un término que no es ni masculino ni femenino, sino que significa Padre y Madre de la vida. Por eso Dios puede ser invocado y es invocado como Padre y Madre, Abuelo y Abuela, Anciano y Anciana. En la cosmovisión maya, Dios es llamado con términos e imágenes femeninos y masculinos porque Dios es el *Jun Raqan* = el que tiene una sola extremidad inferior, es decir, el que trasciende la condición humana, que no puede ser atrapado en las características sexuales femeninas o masculinas porque él no tiene sexo³¹.

Para encontrar nuestro equilibrio y vivir unas relaciones sanadoras necesitamos superar una espiritualidad antropocéntrica y androcéntrica (centrada en el ser humano varón) y aprender a vivir una espiritualidad de la simbiosis con la naturaleza y de respeto por la interdependencia entre todas las formas de vida. Una de las lecciones básicas del ecofeminismo es que nos enseña a vivir una espiritualidad y una ética de la interrelación y el parentesco con todas las cosas, de la compasión con todas las cosas vivientes y de la conciencia de la transitoriedad de nuestro ser. La conciencia de este parentesco cura nuestra arrogancia, nos hace más humildes, desde el reconocimiento de que los humanos somos los últimos seres, los recién nacidos en el proceso de evolución de la vida. Nos ayuda a superar las barreras que establecemos entre los seres de la creación y entre los humanos y a superar la actitud utilitarista hacia el planeta y hacia los seres humanos.

³¹ Cfr. C. MÉNDEZ, *Ecofeminismo y cosmovisión maya*, Universidad Rafael Landívar, Guatemala, 2002, 72.